

HABLAR MAL

No voy a tratar de esta moda de soltar, cada dos palabras, tacos o interjecciones hasta ahora mal sonantes; ni de las jerigonzas "macarra" o "rollo", ininteligibles para mi y que me recuerdan la torpeza verbal del niño o del salvaje, sin madurez para expresar con coherencia las ideas. No. Me refiero a esta peculiar manera de ser del español que todo lo encuentra mal, que es incapaz de ver en su semejante inteligencia, capacidad, honradez o bondad.

Se ha dicho que nuestro gran pecado nacional es la envidia y mucho me temo que sea cierto. Lo vendría a demostrar la presteza con que regateamos méritos, valor, talento a todo el que tiene la osadía de destacar. Y si ésto no fuera posible porque la calidad del sujeto estuviera más que probada en el área donde descuella, entonces le buscaremos, o le adjudicamos, soterrados defectos, vicios nefandos, intenciones aviesas. No existe figura española que no haya sido, en algún momento, acusada de algo.

Y no es de ahora este defecto; basta repasar la historia para encontrar

ejemplos abundantes. Para mí tengo que la mayoría de los santos surgidos en esta tierra lo fueron, en no pequeña medida, gracias a las amarguras provocadas por sus coéteanos. Recuérdese al gran Fray Luis de León escribiendo, sobre la húmeda pared de su celda inquisitorial, la reveladora frase: "Aquí la envidia y la mentira me tuvieron encerrado..."

Pero hay más. Esta manía o vicio de hablar mal no se limita sólo a las personas; se extiende, también, como un cáncer, al entorno, por lo mismo que éste es en gran parte componente de nuestra vida. Todo es malo, defectuoso, dañino. Parece como si, al no sentirnos felices, quisieramos apagar la felicidad de los demás.

Yo recuerdo, hace ya más años de los que deseara, a un fraile predicador que nos metía el corazón en un puño hablando de la maldad y la fealdad del mundo. ¡Como si ese mundo, a los dieciseis años, pudiera dejar de ser atractivo, bello y emocionante! Para él solo existía el Apocalipsis, con olvido de que el primer libro bíblico es el Génesis.

Esta tendencia al derrotismo, a ver únicamente lo negativo y lo desagradable, impregnada de un falso sentido religioso, ha estado, en vigor a lo largo de nuestra historia; como lo ha estado, y aún sigue, la inclinación a la crítica acre, corrosiva y, con frecuencia, injusta.

Hora es ya de que desaparezcan, de que hagamos ejercicios de modestia y cultivemos esa capacidad de admiración, que en algún rincón de nuestra "psiquis" debe existir. Y una vez florecida, démosla con generosidad a quien se la merezca, porque el entusiasmo que pongamos en nuestra admiración por la inteligencia, la sabiduría, la bondad, el valor o la honradez de alguien, es la medida de nuestra propia calidad humana. Y si en ocasiones algo merece nuestra reprobación, sea ésta cortés, objetiva, elegante y en cierta forma educadora. Un buen principio que debemos tener siempre presente, incluso los políticos.

Miguel MOLINA